

# Cuando el Origami llegó a Harlem

## INTRODUCCIÓN

por Laura Rozenberg

Harlem no es un barrio que uno asocie automáticamente con el origami. El plegado del papel no es una práctica habitual de sus habitantes. Y menos aún lo era hace setenta años cuando Harlem, poblado mayoritariamente por afro-americanos, estaba lejos de adoptar un arte casi desconocido y más bien ligado a la cultura japonesa. Sin embargo, a comienzos de 1952, surgió en el corazón del populoso barrio una experiencia inédita, de la que no había antecedentes, con niños afro-americanos, que bien podría describirse como el primer taller de origami que tuvo lugar en Nueva York.

Pero no se trató de un simple taller de origami para entretener a los niños sino que durante algunas semanas (el período es impreciso) las prácticas que tuvieron lugar en Lafargue Mental Hygiene Clinique, tenía un propósito determinado: hacer que los jóvenes dirigieran su atención a alguna actividad manual que los alejara de los cómics. Y si además el origami los ayudaba a expresar sus problemas emocionales frente al terapeuta de turno, el beneficio estaría más que logrado.

Se trató de una experiencia única para aquella época por el ambiente en el que se desarrolló, ya que las personas de origen afro-americano eran sistemáticamente relegadas de los establecimientos de salud mental que ofrecía la ciudad, y por el hecho de que aún no eran habituales las actividades plásticas en las sesiones terapéuticas. Toda una innovación en el sitio menos esperado.

La idea de llevar el origami a la clínica fue concebida por Gershon Legman, un joven que no tenía formación médica pero sí contactos con la crême de la intelectualidad psicoanalítica de la ciudad. Con el tiempo, Legman sería recordado como mecenas y primer historiador del plegado del papel. Sin embargo, y sorprendentemente, su tarea en la Clínica Lafargue no estaba documentada. Y probablemente no hubiese salido a la luz de no haber sido por la correspondencia entre Legman y sus allegados, a quienes él mismo les contó, en reiteradas oportunidades, acerca de sus prácticas en Lafargue. Esta correspondencia se encuentra hoy alojada en el archivo histórico del Museo del Origami en Colonia del Sacramento, Uruguay, y es la primera vez que se revisa con el propósito de encontrar las huellas del pasado y comprender los motivos que acercaron a Legman a colaborar ocasionalmente en la tarea terapéutica de la clínica.

Legman hasta entonces se desenvolvía como bibliógrafo, escritor e investigador de temas que hacían ruborizar a muchos, como el mundo del porno, las prácticas sexuales cotidianas y las “prohibidas” y todo lo que tuviera que ver con una cotidianeidad que pasaba puertas adentro y poco se discutía en público y menos aún en claustros académicos. Legman era un autodiacta, un outsider, y una mente brillante capaz de memorizar el Talmud, el libro religioso de los judíos, aunque al mismo tiempo escribía ensayos sobre el erotismo en la cultura popular, publicaba panfletos contra la censura, vivía bajo la amenaza de la cárcel y se ganaba el peso con ocasionales clientes para quienes escribía novelas subidas de tono con el material inclasificable aportado por bibliotecarias guardianas de las “hell boxes”<sup>1</sup>.

A Legman además, le gustaba el origami. Le intrigaba, porque lo veía como un medio artístico al que se sentía capaz de aportar conocimiento usando las mismas herramientas que

---

1 Así se llamaban a los sectores de las bibliotecas públicas que contenían material de contenido sexual censurado.

aplicaba a sus otros estudios. Como bibliógrafo, estaba entrenado en la búsqueda detectivesca de libros y documentos apenas conocidos y así fue trazando la historia del plegado del papel, una práctica universal cuyos orígenes difusos aparecen no sólo en la cultura japonesa sino en otras partes del mundo. Pero también, el plegado del papel tenía un aspecto práctico que le fascinaba y esto hizo que al principio buscara la forma de sacarle un provecho económico (cosa que abandonó muy pronto), o bien, como se le ocurrió más adelante, como medio alternativo de entretenimiento. Es que en consonancia con una corriente que predicaba el rechazo por los comics, su objetivo era que los niños abandonaran esas lecturas “que chorreaban sangre desde la tapa” por el discutible temor de que fuesen ejemplo para cometer todo tipo de fechorías y crímenes como los que solían aparecer en sus páginas.

Poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial, Legman se vinculó con psicoanalistas neoyorkinos, en particular con Fredric Wertham, el psiquiatra alemán fundador de la Clínica Lafargue de Harlem, para proponerle incorporar el origami como método “*to teach (the children) a pleasant art and at the same time quiet their nerves.*”<sup>2</sup>

No solo esto lo convierte a Legman en el primero en pensar al origami como herramienta terapéutica, sino que lo hizo dentro de un entorno que en aquellos años parecía impensado.

La Clínica Lafargue fue la primera en ofrecer un servicio de salud mental a los afro-americanos, a quienes se les denegaba sistemáticamente este derecho en los hospitales de todos los condados de Nueva York. Aquella clínica, y en particular su director Fredric Wertham, fueron un faro en la lucha por los derechos civiles, como la desegregación en las escuelas del estado de Delaware donde Wertham tuvo un papel primordial como consultor profesional sobre los efectos que la segregación tenía tanto sobre los niños de color como los blancos. Tanto Wertham como la Clínica Lafargue son parte de una epopeya cuyo propósito fue incluir a los más desposeídos en un espacio lúdico y sanador. Y como veremos más adelante, Legman no fue ajeno a estos principios.

En las cartas que Legman enviaba a sus amistades con las que compartía el interés por el origami aparecen muchas referencias a la Clínica Lafargue. Leyendo esta correspondencia, me pregunté si existirían otros indicios sobre su paso por la clínica, ya fueran fotografías o algún comentario. Con ese fin visité en marzo de 2017 el archivo de documentos de Fredric Wertham, que se encuentra en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos en Washington D.C. Allí recogí unas anotaciones de Wertham, en diálogo telefónico con Legman, donde constaté claramente el interés de Legman por entusiasmarlo con el origami.

Con el mismo objetivo en noviembre de ese año me dirigí a la rectoría de la iglesia St. Paul en Harlem, donde me invitaron a recorrer el subsuelo, el mismo espacio donde funcionó la Clínica Lafargue en los años '50, hoy convertido en una gran área de usos múltiples. A pocas cuerdas de allí, en el Schomburg Center for Research in Black Culture, una rama de la New York Public Library ubicada en la calle Malcolm X, en el corazón de Harlem, obtuve varias fotografías y documentos guardados en el archivo de la Clínica Lafargue, aunque lamentablemente en ninguna aparece Legman y sus niños haciendo plegados en papel. Sí, en cambio, hay algunas donde está Wertham jugando con los niños en una especie de teatro de títeres y en otra con cubos en el suelo, prueba de que al menos en sus rudimentos se empleaban técnicas de expresión artística para trabajar las emociones.

En base a todos estos elementos, busqué reconstruir las circunstancias que pudieron llevar a Legman a contribuir con la Clínica Lafargue y el resultado es un artículo que por su longitud se publicará en The Fold, la revista online de OrigamiUSA.

---

2 Carta de Legman a Akira Yoshizawa, 21 de mayo de 1953.

Legman fue un personaje controvertido, multifacético, difícil de encasillar, a menudo explosivo y contradictorio. Muchos se sintieron fascinados por su personalidad y su mente brillante, tal es así que su figura surge con diversos matices en libros que retrataron una época, como *Rebel Without Applause*, de Jay Landesman (The Permanent Press, 1987) y *Nothing More to Declare*, de John Clellon Holmes (Dutton, 1967). Tanto Landesman como Clellon Holmes fueron dos míticos personajes de la generación Beat, con quienes Legman mantuvo una importante relación. También aportan al conocimiento de su personalidad ensayos como *Funny Peculiar: Gershon Legman and the Psychopathology of Humor*, de Mikita Brottman (Analytic Press, 2004); *Eros Meets Civilization: Gershon Legman Confronts the Post Office*, escrito por Susan Davis (CounterPunch & AK Press, 2004); y de la misma autora, el recientemente publicado *Dirty Jokes and Bawdy Songs, the Uncensored Life of Gershon Legman* (University of Illinois Press, 2019) y también. Para la historia sobre la Clínica Lafargue consulté el extraordinario ensayo que se puede leer como una novela: *Under the Strain of Color. Harlem's Lafargue Clinic and the Promise of an Antiracist Psychiatry*, de Gabriel N. Mendes (Cornell University Press, 2015 ). En cuanto a la polémica sobre los efectos de las revistas de historietas en la psiquis de los niños y adolescentes –un debate que duró años y del que se escribieron ríos de tinta–, destaco *Seduction of the Innocent. The Influence of Comic Books on Today's Youth* (Reinhardt & Co., 1954), escrito por el propio director de la Clínica Lafargue, Fredric Wertham, y que fue un libro que generó un colosal escándalo en la sociedad americana al punto de provocar el casi colapso de la industria de los comics. Como se verá en la nota para *The Fold*, Legman no fue ajeno a estos debates y, en medio de la polémica, su misión fue probar que se podían introducir otros intereses en los jóvenes. De todo esto se encuentran indicios en la voluminosa correspondencia que Legman mantuvo con decenas de personas dedicadas al mundo del origami. Documentos que hoy se encuentran disponibles para consulta en el Museo del Origami en Colonia y que constituyen una invitación a seguir investigando una época del movimiento “origamístico, inicial y fértil, que lo tuvo a Gershon Legman como uno de sus principales protagonistas.

Ahora sí, los invito a leer el artículo en *The Fold* donde se cuenta la historia de cómo el origami llegó a Harlem de la mano de Gershon Legman. El link para acceder al artículo es:

## Cuando el Origami llegó al Harlem

Por Laura Rozenberg

La cita tuvo lugar a comienzos de 1952 en la iglesia episcopal St. Philip, de la calle 133 West, en el corazón del Harlem. Aquella tarde de invierno, Gershon Legman, 35 años, entró por el patio trasero que daba a la casa parroquial, descendió la escalinata de madera casi en penumbras y al llegar al subsuelo se detuvo para acomodar sus pupilas a la luz mortecina del recinto. Ante él se abría una sala sostenida por unas columnas flacas y despintadas entre las que se acomodaban biombos, armarios rústicos y varios escritorios donde parecía transcurrir la acción, como en una película muda en blanco y negro.



Cada escritorio estaba flanqueado por dos sillas y en cada una Legman observó que de un lado se sentaba un blanco y del otro, un negro.

El blanco llevaba delantal, lo que le daba un aspecto de “doctor”. A la distancia, Legman apenas lograba distinguir el movimiento de sus labios: las parejas parecían conversar en voz baja, absortas en sus diálogos y ajenas a lo que ocurría en los escritorios contiguos y en el resto del recinto. Un poco más lejos, un grupo de niños de tez oscura y cabellos ensortijados habían armado una rueda en el suelo y aguardaban en silencio, con la mirada clavada en la persona que acababa de ingresar, como si lo hubiesen esperado desde siempre.

Legman contuvo la respiración. Era emocionante estar allí, pisar por primera vez el suelo de la Lafargue Mental Hygiene Clinic que brindaba tratamiento psicológico en forma gratuita a la comunidad negra y latina del Bronx<sup>3</sup>. Hacía tiempo que esperaba una cita y finalmente lo había logrado. Una cálida sensación le corrió por el cuerpo y tuvo que contenerse para no quebrar el particular silencio atravesado de murmullos que reinaba en el ambiente. Por suerte alguien se acercó a recibirlo. Era el doctor Fredric Wertham, el alma mater de la institución y viejo conocido de Legman ya que años atrás habían emprendido una cruzada contra las editoriales que publicaban revistas de historietas de contenido violento, dirigidas a niños y adolescentes.

Wertham había sido la persona que lo invitó aquella tarde a la Clínica Lafargue para dar comienzo a una prueba piloto que Legman le había sugerido por teléfono unos días antes de Navidad. En esa conversación, Legman le había recordado el aporte pionero de su connacional, Fredric Froebel, en relación con la educación infantil. Y también le habló del origami, el arte del plegado



Entrada principal de la iglesia St. Philip (foto: Laura Rozenberg)



Niños jugando en la Clínica Lafargue junto a Fredric Wertham

<sup>3</sup> El barrio de Harlem es parte del condado de El Bronx, al norte de Manhattan.

del papel, que Froebel alentaba. La idea, le contó Legman, era implementar un taller de origami en Lafargue, una actividad manual que ayudaría a los jóvenes a alejarse de los “malos ejemplos” y los peligros de la “delincuencia juvenil”, dos fantasmas de la época que, según sospechaba buena parte de la sociedad, podía tener su origen en las revistas de historietas, plagadas de historias de crímenes e imágenes violentas. Wertham era uno de los líderes del movimiento anti-cómic y la propuesta de Legman le interesó. Reunió a varios pacientes y convocó al joven Legman para que él mismo realizara unas prácticas voluntarias.

La Clínica Lafargue era la perla cultivada de uno de los sectores más progresistas del ambiente psicoanalítico de Nueva York. Había sido fundada seis años antes, por iniciativa de un grupo de intelectuales que se oponía al planteo puramente genético de los desequilibrios mentales. Esta corriente sostenía que para un tratamiento efectivo, además de las posibles bases genéticas debían tenerse en cuenta las relaciones interpersonales y el entorno social de los pacientes.

A la cabeza de esta avanzada en Nueva York se encontraba Fredric Wertham, un alemán nacido en 1895 que se había formado en la Viena de Freud y otras mecas del psicoanálisis de principios de siglo, como París y Londres. Aunque en una etapa inicial absorbió la ortodoxia freudiana que “*basaba sus diagnósticos en lecturas sintomáticas y presunciones teóricas*”<sup>4</sup>, Wertham encontró más afinidad en las enseñanzas de su mentor, Emil Kraepelin, quien “*propiciaba la historia familiar en interacción con factores sociales y económicos*”<sup>5</sup>.

En 1922 Wertham se radicó en los Estados Unidos. Primero trabajó en Baltimore y luego en Nueva York, donde llegó a ser jefe de psiquiatría del hospital Bellevue (el gran hospital público de Manhattan). Allí, Wertham pudo constatar, contra su voluntad, la existencia de vastos sectores, fundamentalmente afroamericanos, a quienes les estaba vedado el acceso a la salud mental.

No había términos medios. O se los excluía o se los trataba con electroshock, la más cruel de las terapias de la época. Tal era el terror de los negros del Harlem que evitaban a toda costa ser enviados al terrible hospital Bellevue.

Tanto o más aleroso era el modo en que el propio personal del hospital, desde médicos hasta enfermeros, disfrazaban la política de discriminación con un discurso pseudo-paternalista que literalmente denegaba a los negros su condición de seres humanos capaces de emocionarse, amar y sufrir como cualquier persona. En este sentido, resulta paradigmático un panfleto que circulaba en el hospital Bellevue, escrito por uno de los médicos de la planta en 1940: “*Los negros aceptan la vida como viene y se toman todo con calma. Son capaces de recuperarse pronto de una operación por esa forma de ser tranquila y de vivir el momento. No tienen tensiones como las demás personas y no se les ocurre esperar algo malo. Al ser menos sensibles física, mental y estéticamente que los blancos, lo que soportan sin chistar es algo que a menudo sorprende al plantel médico de este hospital*”<sup>6</sup>.

Los médicos alineados en esa forma de ver las cosas quedaban absueltos de su obligación profesional, descuidando la salud mental de la población más desposeída y por ende más proclive a

4 “made diagnosis based on symptomatic readings and theoretical assumptions” Davis, Susan. *Dirty Jokes and Bawdy Songs (Folklore Studies in Multicultural World)*. University of Illinois Press. 2019. Also, Bart Beaty, *Fredric Wertham and the Critique of Mass Culture*. University Press of Mississippi, 2005.

5 “emphasized family history in interaction with social and economic factors”. *Ibid.*, Davis, Susan.

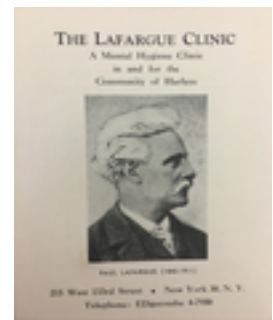
6 “Most colored folk seem able to accept life as it comes and take trouble in stride. They are apt to make a fine recovery after operation because of this calm, positive flair for living in the moment. They do not get so tense and flurried as other people, and it just doesn't occur to them to expect the worst... The average negro is often too inured to discomfort for his own good. Being less physically, mentally or aesthetically sensitive than a white, what he will stand without a murmur is sometimes amazing to the staff”. Mendes, Gabriel N. *Under the Strain of Color: Harlem's Lafargue Clinic and the Promise of an Antiracist Psychiatry* (Cornell Studies in the History of Psychiatry). Cornell University Press.

sufrir trastornos de estrés y otras patologías mentales.

Preocupado por la situación, Wertham trató de reunir fondos públicos y privados para financiar un centro de salud que se ubicaría directamente en el Harlem. Previsiblemente, le resultó imposible conseguir el dinero necesario de modo que, sin dejarse vencer, optó por un “plan B”: abriría una clínica atendida solo por voluntarios.

Cuenta la historia que esa idea nació durante una reunión de amigos en la casa del matrimonio Wertham, frente al Gramercy Park, uno de los barrios más distinguidos de Manhattan. Wertham estaba sentado junto a su esposa Florence Hesketh cuando de pronto se levantó y les preguntó a los invitados: “¿Realmente necesitamos dinero? Todo lo que necesitamos es talento. Que vengan los que creen que pueden ayudar. Vamos a demostrar que podemos brindar atención psiquiátrica a los pobres”.

La propuesta, que al principio parecía descabellada, tomó cuerpo cuando el pastor Shelton Hale Bishop, ofreció el subsuelo de la rectoría de la iglesia St. Philip en el corazón del Harlem negro. Así, el 8 de marzo de 1946, sin demasiada difusión, abrió sus puertas la Clínica Lafargue<sup>7</sup>. Días después, un periódico de Nueva York comentaba la novedad señalando que la clínica atendería a “*personas que han vivido angustiadas por el miserable sentimiento de desesperanza, y tan presionadas que se han cansado de vivir y enferman mental y físicamente*”.



El equipo de la Clínica Lafargue junto a Wertham y un pequeño paciente

El plantel profesional estaba compuesto por catorce psiquiatras, doce trabajadores sociales y otros especialistas, además de personal administrativo. Todos, sin excepción, eran voluntarios. La clínica atendía los martes y viernes de tarde y cobraba 25 centavos de dólar la sesión. Los que no podían pagar, eran atendidos gratis. Aunque estaba dirigida a la gente del Bronx no se discriminaba a nadie y los pacientes, blancos y negros, adultos y niños, llegaban incluso desde otros barrios de Nueva York.

Uno de los objetivos del doctor Wertham fue la búsqueda de soluciones al problema de la delincuencia juvenil. En realidad, el tema era su obsesión. Aún no había pasado un año desde el final de la guerra y el espíritu festivo que invadió las calles tras la liberación de las ciudades europeas se estrellaba con una realidad a ambos lados del océano en la que convivían las noticias diarias de los muertos en combate, las familias destrozadas y el recuerdo reciente de las bombas nucleares. Los conflictos estaban lejos de resolverse y los últimos años de la década se vieron empañados por el surgimiento de la Guerra Fría.

En ese contexto, los jóvenes vivían un tiempo que más bien se parecía a una realidad esquizofrénica. La prosperidad económica, favorecida por la creciente oferta de trabajo y el aumento de los salarios, no ayudaba a mejorar el humor marcado por el descontento.

Mientras la juventud burguesa hallaba consuelo en la uniformidad de la moda y en los gustos musicales y literarios promovidos por la generación beat, los hijos de las clases menos pudientes se encontraban con un peligroso vacío más difícil de llenar.

<sup>7</sup> La Clínica Lafargue fue bautizada así en honor a Paul Lafargue, médico y filósofo nacido en Cuba, a la sazón yerno de Carlos Marx, fundador del Partido Obrero Francés junto con otros revolucionarios y autor del célebre libro “*El derecho a la pereza*”.

Es aquí donde Fredric Wertham y Gershon Legman coincidieron. Quizás de manera independiente, ambos habían identificado a la violencia como el factor que amenazaba el porvenir de una generación. Era una violencia que no sólo reverberaba en los recuerdos de la guerra sino que continuaba ejerciéndose sin tregua, diariamente, a través de los medios de comunicación en un arco que no contemplaba excepciones, ni siquiera el de los géneros supuestamente inocentes como las revistas de historietas denominadas, vaya paradoja, “cómic”, porque según Legman y otros críticos de la época como el doctor Wertham, de cómics no tenían nada.

Legman había conocido a Wertham por intermedio de Robert Latou Dickinson, un médico ginecólogo que lo había salvado de ir a la guerra extendiéndole un certificado de ineptitud física y y luego lo contrató para que trabajase como su secretario y bibliógrafo.

En cuanto se conocieron, Legman y Wertham descubrieron que tenían muchos puntos en común. Wertham era un crítico acérrimo de las revistas de historietas y estaba convencido de que los delitos, llevados al paroxismo en las tiras cómicas, con dibujos de cuerpos decapitados y mujeres torturadas, historias de gangsters y balaceras, eran fuente de inspiración para que los jóvenes, en particular los de menos recursos, pasaran a delinquir. Los cómics no eran un entretenimiento sino un peligro para la sociedad, perpetrado en cientos de títulos que se renovaban en los kioscos semanalmente y que contaban con decenas de millones de ávidos lectores.

Para Wertham, la ecuación que conducía al delito era tan obvia como directa. Un padre ausente porque había ido a la guerra, una madre fuera de casa porque salía a trabajar durante el día y un niño despojado de los controles naturales que entonces hacía uso de un tiempo libre sin límites para evadirse en esas lecturas y poner a prueba su sadismo<sup>8</sup>, junto a la bandita del barrio.



Las ilustraciones de crímenes eran habituales en las revistas de historietas

Wertham encontró en Legman, veintidós años más joven que él, a un aliado inteligente que podría servir a su causa. Aunque no había logrado un título universitario era un lector voraz y un productor de contenidos originales. Quizás exageraba en algunas cosas y no era un tipo del todo confiable (Wertham estaba convencido de que el muchacho inventaba datos para dar por probados ciertos hechos. Pero eso lo tenía sin cuidado; y como además el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón, Wertham a su vez se apropiaría de algunos dichos de Legman, como aquel en el que aseguraba haber visto a un niño vomitar de asco sobre una revista de historietas).<sup>9</sup>

Legman tuvo su hora de gloria cuando Wertham lo invitó a exponer sus opiniones ante un grupo de psicoanalistas de la Asociación para el Avance de la Psicoterapia<sup>10</sup>. Los argumentos fueron la base de su libro *Love & Death, a Study in Censorship*, publicado en 1949, donde sostenía que la censura imperante de la era macartista abría un juego de sustituciones en el que el sexo (censurado) era reemplazado por violencia (permitida en los medios). Legman estimaba que cada niño que en 1938 tenía seis años, para 1948 habría “absorbido de las ‘divertidas’ historietas un mínimo de diez y ocho mil bofetadas pictóricas, tiros, estrangulamientos, charcos de sangre y torturas hasta la muerte”.<sup>11</sup>

<sup>8</sup> Las historietas tenían subcategorías como las de acción (Superman, por ejemplo) y las de horror (Zombies, Haunted Horror, etc.) cuyas viñetas destilaban sangre, sadismo y torturas explícitas.

<sup>9</sup> Tilley, Carol L. (2012) *Seducing the Innocent: Fredric Wertham and the Falsifications That Helped Condemn Comics*. *Information & Culture: A Journal of History* 47 (4), 383- 413. Acceso electrónico via Project Muse (DOI: 10.1353/lac.2012.0024).

<sup>10</sup> Legman, G. *The Comic Books and the Public*. Proceedings of the Association for the Advancement of Psychotherapy. Vol.II. Pgs. 472-477. 1948.

<sup>11</sup> “absorbed an absolute minimum of eighteen thousand pictorial beating, shooting, stranglings, blood-puddles, and torturings-to-death from

El propio Legman no salió indemne de esta polémica. Mientras se abría un debate público sobre el futuro de las historietas -debate que llegó a tener un alcance nacional y duró varios años<sup>12</sup>--, Legman vio coartada su libertad de expresión cuando el correo de los Estados Unidos suspendió la distribución de su libro *Love & Death*<sup>13</sup>.

A partir de entonces, hizo dos cosas. Primero, fue tratar de sobrevivir y para eso necesitaba un escape, alguna actividad que lo alejara de los conflictos con los que invariablemente tropezaba cada vez que encaraba un tema espinoso.<sup>14</sup> La segunda fue empezar a buscar un lugar en el mundo fuera de los Estados Unidos donde pudiera vivir sin demasiados sobresaltos.<sup>15</sup>

La respuesta a su primera preocupación le llegó casi por necesidad. Buscando algo para ganar unos dólares, compuso un par de librillos sobre trucos de magia y juegos de cartas que le vendió a un amigo editor<sup>16</sup>. Aunque no tuvieron ningún éxito, la idea de los juegos de ingenio lo llevó a pensar en el plegado del papel.

*“Sin saber nada de plegados, excepto cómo hacer avioncitos de papel y flores de loto, me dirigí a la biblioteca pública donde encontré más información”,* escribiría Legman años más tarde.<sup>17</sup>

Una bibliotecaria amable en la New York Public Library, le alcanzó un cajón con recortes de revistas donde abundaban las manualidades, entre ellas, una nota ilustrada sobre un español que vivía en la Argentina, Vicente Solórzano Sagredo. Sus plegados lo asombraron. No se parecían en nada a lo que él había aprendido en su infancia.

Fiel a su estilo, Legman se lanzó a un frenesí recopilatorio. Buscó información por todos lados, escribió cartas, revolió manuscritos olvidados en bibliotecas y de ahí nació su deseo de saber más y más sobre esa manualidad que lo intrigaba y apasionaba. El origami le parecía un arte olvidado que merecía ser redescubierto. Una práctica que seguramente tenía raíces en Japón y en otros países remotos e insospechados. En suma, era una historia llena de misterios, con una carga de exotismo y riqueza que parecía hecha a medida para él.

De a poco su idea fue tomando cuerpo y convirtiéndose en algo más. Algo que le podría traer dinero si sabía moverse bien. Se le ocurrió que algún periódico importante podría comprarle los derechos para producir una tira semanal que luego se reproduciría en diarios y revistas de todo el país. La idea le causaba una euforia difícil de contener. Quería que sucedieran las cosas ya mismo, pero había que tener paciencia.

Pasaba las tardes en la biblioteca copiando diagramas de libros que pensaba usar en sus futuras producciones. Le interesaba el proceso pero también la procedencia. Algunos plegados de Solórzano Sagredo se parecían a los del filósofo español Miguel de Unamuno. ¿Existía una corriente española de plegado? Los mismos se encontraban en libros japoneses y se preguntaba

---

*comic (ha-ha) books alone. . .*". G. Legman. *Love and Death: a Study in Censorship. Breaking Point*, New York. 1948.

12 La presión social condujo a una forma de autorregulación por parte de las editoriales de historietas que aprobaron un código de ética (Código de Autoridad) a partir de 1954.

13 El correo de los Estados Unidos tenía amplios poderes de censura, que ejercía de manera arbitraria y sin demasiada objetividad, y resultaba devastador para emprendimientos como el de Legman donde él mismo se encargaba de vender y enviar sus ejemplares por correo.

14 La especialidad de Legman y por la cual es reconocido mundialmente es el estudio de las expresiones sexuales en la literatura y la cultura popular. Aunque nunca hizo estudios formales de antropología, se lo reconoce a Legman por su monumental obra de análisis de los chistes eróticos, recopilaciones bibliográficas y ensayos varios sobre la cultura de masas y críticas a los movimientos como el hippismo.

15 Un año más tarde, en 1953, Legman se mudó a Francia.

16 "Card Tricks" y "Magic Made Easy: Thirty Tricks Anyone Can Do", fueron publicados bajo el pseudónimo de John Thursday en 1945.

17 *"Knowing no foldings myself, except the airplanes and the Hindu lotus, I went to the trusty public library for more information and found it, in the very large and miscellaneous picture collection from clippings from magazines, created as a make-work project during the 1930s"* Publicado en *Windows of Winter*, Gershon Legman. CreaSpace, 2018



cómo habrían llegado hasta allí. De a poco fue reuniendo una importante colección de libros sobre el tema. Contar con un listado bibliográfico (en tiempos en que no existía Internet) era fundamental para avanzar en cualquier investigación y para compartir conocimientos con otros interesados. Fue así como en el verano de 1952 pagó de su bolsillo la edición de un cuadernillo de ocho páginas con títulos de libros, sus autores y en muchos casos una breve explicación de contenidos y lo publicó bajo el nombre de *Bibliography of Paperfolding*.

En el interín, se comunicaba con amigos para intercambiar ideas. “*Quiero decirle lo mucho que significaría para mi la posibilidad de incorporar este arte popular en el circuito nacional (...) Se podría hacer una publicación en pequeños espacios para periódicos sindicados*”,<sup>18</sup>, le escribía a Ethan Allan Brown, un médico alergista de Massachusetts que además tenía una editorial de libros y revistas sobre temas de salud.<sup>19</sup>

Al doctor Brown le gustó la idea del libro, lo consultó con amigos y le dijo a Legman que podrían discutirlo en Boston o en Nueva York. Pero Legman le respondió que ya había cambiado de idea y que lo mejor, pensaba ahora, eran hojas individuales con sus correspondientes patrones de plegados, que se podrían vender en paquetes en kioscos y librerías.<sup>20</sup> (Es notable como Legman estaba adelantado varias décadas con ideas que hoy en día son moneda corriente, pero en aquel entonces sonaban demasiado extrañas).

Legman pasó el Día de Acción de Gracias de 1951 y las jornadas sucesivas plegando modelos de libros y analizando figuras originales que ya para entonces le enviaba por carta el doctor Vicente Solórzano Sagredo desde la Argentina. Así, iba adquiriendo experiencia aunque siempre se consideró un mal plegador.

A Legman le gustaba compartir y esperaba los comentarios. “*Le mando un “pez luna” especialmente delicado, es un plegado de la Argentina*”, le escribía a un amigo. “*Le envió este fantástico caballito de mar que acabo de perfeccionar mientras viajaba en el tren de regreso de Cambridge. Si levanta las aletas, se parará erguido sobre su cola como un verdadero caballito de mar*”, le confió a su fiel amigo el doctor Brown.<sup>21</sup>

Y mientras seguía esperando alguna novedad del mundo editorial, alguien que se hiciera eco de sus buenas ideas y aceptara publicar un libro o alguna de sus variantes, el tiempo fue avanzando y ya casi era fin de año. El 16 de diciembre de 1951 Legman lo llamó por teléfono a Fredric Wertham, con quien no hablaba desde hacía tiempo. Se había enterado por los medios que aún luchaba contra las editoriales empeñadas en publicar historietas de horror y crimen. También quería felicitarlo por sus testimonios contra la segregación racial en las escuelas de los estados del sur.<sup>22</sup> Pero fundamentalmente, Legman quería hablar sobre la Clínica Lafargue y una idea “brillante” que se le acababa de ocurrir. Era una idea con sentido social, le aseguró. Y Wertham era el indicado para escucharlo.

Los rastros de esta conversación perduraron milagrosamente en las notas que Wertham

---

18 “*I’m trying to avoid saying how much – at many levels – getting this folk-art into the national bloodstream would mean to me*” “(...) *how the steps can be published in a small amount of space for newspaper syndication*” Carta de G. Legman a Ethan A. Brown, 9 de noviembre de 1952.

19 Es increíble que Legman tuviese la misma idea que apenas unos meses más tarde vería impresa en la revista Fujin Koron, donde Akira Yoshizawa había comenzado a publicar sus diagramas en un espacio no mayor que las actuales pantallas de un teléfono celular. Pero Legman, en 1952, aún no había escuchado hablar de Yoshizawa...

20 Es notable como todas estas ideas, que en ese momento no tenían casi posibilidad de concretarse, años más tarde se convertirían en éxitos explotados por las grandes firmas como Barnes & Noble y otras editoriales.

21 “*I enclose a particularly fine Moon-Fish, an Argentine folding*” “*Enclosed is a little fantastic sea horse which I have just perfected after beginning it on the train down from Cambridge. If you will perk up and out the wings, it will stand erect on its tail as a proper sea-horse should*”

22 El testimonio de Fredric Wertham fue fundamental durante el juicio Brown vs. Board of Education of Topeka, donde la Corte Suprema de los Estados Unidos decidió que la segregación racial de las escuelas públicas era inconstitucional.

atesoró y que hoy forman parte de los Wertham Papers, un enorme archivo que descansa en la Division of Rare Books and Special Collections. Library of Congress, Washington D.C. y que puede ser consultado por investigadores, previa autorización.

Son dos cartoncillos de aproximadamente 12 cm x 8 cm y tienen el tinte amarillento de los años. Wertham enumeró allí los puntos salientes de una conversación donde se mezclaron la erótica con el plegado del papel. Ambos eran temas que Legman investigaba y solía discutir con sus conocidos.

De ese punteo de temas, se destacan aquí los siguientes:

Legman 16 de diciembre, 1951 “*on the phone*” (los subrayados en rojo son de Wertham)

4. *Paper Folding- There it is a comercial thing.*

*Here it is a human thing.*

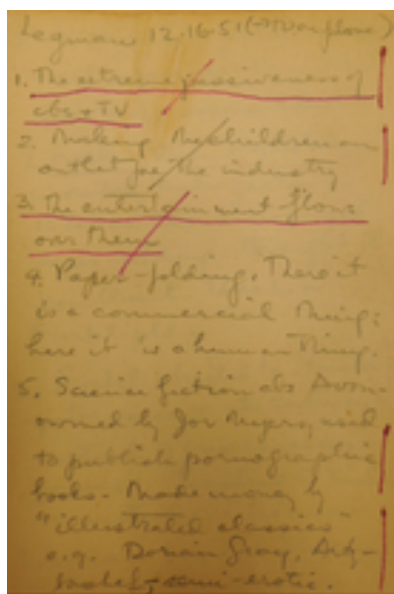
7. *Froebel student of Pestalozzi, invented*

*Kindergarten in the 1830's or 40's.*

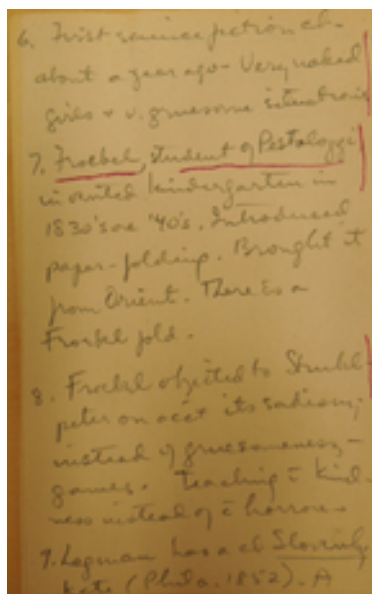
*Introduced paperfolding.*

*There is a Froebel fold.*

8. *Teaching kindness instead of horror*<sup>23</sup>



Anotaciones de Wertham sobre el plegado del papel



Sin duda, Legman buscaba la forma de atraer su atención. Le habló del tema comercial pero en oposición al aspecto “humano” del plegado, que es lo que Wertham seguramente estaba interesado en escuchar. Y para acercarlo más a su idea, se refirió a Frederic Froebel, un alemán como Wertham, inventor del jardín de infantes y de una metodología de plegados que hoy se conoce como “froebelianos”.

“*Enseñar amabilidad en vez de horror*”, le dijo Legman citando a Froebel. Esto bastó para encender el interés de Wertham que captó el mensaje en el acto. ¿El plegado del papel podía ser la respuesta “civilizadora” a la violencia de historietas? Quizás una cosa no resolvería la otra pero sin duda podían probar en la Clínica Lafargue si el método froebeliano servía para apaciguar a los niños

23 Plegado del papel. 4. Hete aquí algo comercial. Aquí hay algo humano. 7. Froebel estudiante de Pestalozzi, inventó el jardín de infantes en 1830 o '40. Introdujo el plegado del papel. 8. Enseñar amabilidad en lugar de horror.

con problemas de conducta.

Además de estos cartoncillos, hay numerosos indicios de que Legman efectivamente puso en práctica su idea y estuvo trabajando en la Clínica Lafargue desde principios de 1952. Empezó contándosele a Frederic Melcher<sup>24</sup>, con quien mantenía una habitual correspondencia. Melcher era uno de los más importantes editores de Estados Unidos, reconocido por su especialidad en libros infantiles. El apoyo de Melcher tenía un enorme valor para Legman, aunque solo fuesen palabras (y no un contrato editorial como seguramente ansiaba).

En su carta a Melcher, Legman hace referencia a una colección de libros japoneses que Melcher había donado a la Biblioteca Pública de Nueva York y que le venían como anillo al dedo ya que *“incluían muchas actividades con papel de lo más variadas”*. También notaba que las revistas infantiles japonesas eran *“adorables”* en comparación con las *“horripilantes”* revistas de historietas que se publicaban en los Estados Unidos.<sup>25</sup> Melcher le respondió encantado de que ese material fuera de utilidad y en su respuesta mencionó la Clínica Lafargue.<sup>26</sup>

La idea de Legman, apoyada por Wertham, de interesar a los niños con plegados de papel desviándolos de la lectura de historietas está presente en sucesivas comunicaciones, como la que tuvo con Megumi Nakajo, ejecutiva de una revista literaria del Japón.

*“Las razones de mi interés en este asunto, y en la educación de los niños en Japón en general, se debe a que estoy enseñando el plegado del papel en la Clínica Libre Lafargue del distrito negro segregado de Nueva York, llamado Harlem. Se trata de una clínica psiquiátrica y no una clínica médica, y los servicios se dan sin costo alguno a los pacientes. Es la única clínica gratuita en su tipo en los Estados Unidos. Los niños lógicamente sienten mucho el peso de la discriminación y eso los induce a meterse en todo tipo de líos en la escuela y con la policía. Los motivos de su mala conducta están implícitos en la situación, y necesitan solo el incentivo y la inspiración de las revistas de crimen y horror que les dice exactamente cómo meterse en los peores líos. Esto es lo que ocurre y es la razón de mi enojo con las revistas de historietas”*.<sup>27</sup>

Legman no lo sabía aún pero exactamente un año más tarde comenzaría su intercambio epistolar con Akira Yoshizawa, conocido hoy como el *“padre del origami moderno”*. Con los años, Yoshizawa se haría famoso con sus modelos sofisticados y Legman pasó a la historia como su *“descubridor”* para el mundo occidental.

En una de las primeras cartas que le escribió a Yoshizawa se refirió a su tarea en la Clínica Lafargue y la razón por la que allí se practicaba el origami.<sup>28</sup>

*Con la ayuda de otros psiquiatras hicimos una cruzada en contra de los cómics de horror. Escribí artículos, incluso un libro; di charlas y viajé por el país tratando de organizar a padres y maestros para prevenir estas lecturas. Pero fracasamos y ahora están peores y más fuertes que*

24 Carta de Legman a Melcher, 13 de febrero de 1952. Archivo Legman, Museo del Origami en Colonia, Uruguay.

25 Aquí Legman pecaba de naïve ya que muchas publicaciones japonesas incorporaban imágenes violentas que probablemente lo hubiesen escandalizado. Esto se lo hizo notar más adelante la señora Nakajo.

26 Carta de Frederic Melcher a Gershon Legman, 15 de febrero, 1952. Archivo Legman, Museo del Origami en Colonia, Uruguay.

27 Carta de Legman a Nakajo, 15 de marzo de 1952. *“The reasons for my interest in this, and in Japanese education of children generally, is that I am teaching paperfolding to children in the Lafargue Free Clinic in the segregated Negro district of New York called Harlem. This is a psychiatric, rather than a medical clinic and no charge is made for any services. It is the only free clinic of this type in the United States. The children naturally feel very strongly the difficult position as members of a discriminated -against minority and get into all sorts of trouble with the school and police authorities. The motives of their “badness” being implicit in the situation, they need only the incitement and inspiration of horror and crime comics to tell them exactly how to get into the worst possible trouble. This is exactly what happens, and it is from this that my bitter anger over comic books in particular stems”*.

28 Por el momento no se han encontrado referencias escritas que describan las tareas de Legman en la Clínica Lafargue. No se descarta que alguna referencia exista, quizás revisando otras cajas, además de las que yo tuve oportunidad de revisar en la Schomburg Center for Research in Black Culture, una rama de la Biblioteca Pública de Nueva York, situada en el Bronx, que desde hace un tiempo es sede del archivo de la Clínica Lafargue.

*nunca. Nuestro problema principal ha sido tranquilizar a los niños y re-entrenarlos en formas menos violentas que lo que ven en las revistas de historietas, en las películas de gangsters, y en lo que enseña la televisión. Varios niños han cometido crímenes imitando las historietas. Se los mete presos de por vida, mientras los productores de esas revistas ganan millones de dólares. En mi desesperación, he comenzado con cursos informales de origami simple en una clínica para niños, esperando enseñarles un arte agradable y al mismo tiempo tranquilizador. En este sentido me siento exitoso y creo ser hasta ahora la única persona que enseña el origami en este país”.*<sup>29</sup>

Si Legman era o no la única persona que enseñaba el origami en los Estados Unidos, es un tema, cuanto menos, debatible.<sup>30</sup> Lo que sí es cierto es que en 1952 el origami llegó al Harlem. Y llegó mucho antes que los cursos que Lillian Oppenheimer comenzó a dar en su casa a partir de 1958. Legman se adelantó a su tiempo, y lo hizo en el lugar menos previsible, donde a simple vista pocas cosas podían tener menos utilidad que el plegado del papel.

Pero hay más. Y es que Legman, sin ser consciente de ello, puso en práctica un tipo de atención terapéutica que hoy asociamos con la arteterapia. Por cierto, carecía de formación profesional y solo podía enunciar de manera superficial los beneficios del origami “para calmar los nervios”, como él mismo expresó en un lenguaje sencillo. Pero el solo hecho de haberse dado cuenta, y de proponerlo en un entorno donde había buenas posibilidades de que prosperara como herramienta terapéutica, demuestra claridad de visión y el carácter emprendedor de Legman.

Sin duda, Legman podría haber hecho un recorrido productivo en ese sentido. Las condiciones estaban dadas y si nos arriesgamos a especular un poco, podemos imaginar lo fructífero que hubiese sido que Legman conociera a Margaret Naumburg y Edith Kramer, las dos grandes pioneras de la arteterapia que por aquellos años transitaban su etapa más productiva trabajando en Nueva York. De hecho, es una pena que ambas hayan quedado fuera del radar de Legman (o viceversa) ya que por su idiosincrasia e intereses hubiesen compartido experiencias y saberes.<sup>31</sup>

Naumburg, como psicoterapeuta, había trabajado en el New York State Psychiatric Institute donde puso a punto técnicas de arteterapia para hacer diagnósticos. El modelo también era ofrecido a los pacientes, especialmente niños, para ayudarlos mediante actividades plásticas a liberar el inconsciente y poner en palabras situaciones dolorosas.

Más interesante aún hubiese sido llegar a conocer a Edith Kramer, quien por entonces trabajaba en la Wiltwyck School for Boys, al norte de la ciudad de Nueva York. Al igual que la Clínica Lafargue, la escuela Wiltwyck había sido fundada con el apoyo de la iglesia episcopal y acogía a un alumnado mayoritariamente afroamericano con severos problemas de conducta y casos de delincuencia juvenil. Edith Kramer, nacida en Austria, instauró en Wiltwyck un programa único en su tipo. A diferencia de Naumburg, que utilizaba el arte como herramienta al servicio de la

---

<sup>29</sup> Carta de Legman a Akira Yoshizawa, 21 de mayo de 1953. *“With the aid of other psychiatrists we made a crusade against the horror comic books. I wrote articles, even a book; I gave speeches and travelled over the contry showing displays and trying to organzie paretns and teachers to prevent the comic-books. But we failed, and now they are worse than ever and stronger. Our main problem since that time has been the quiteing of the children's nerves and the retraining them into less violent ways than what the comic books, and the similar horrors of gangster movies, and television programs are teachin ghem. Several children have comitte dmurders exactly imitated from the comic books. They are then put in jail for life, while the manufactureres of the boos rean million dollars yearly”.* Esta aseveración obviamente es sacada de lo que decía Werthaim. *“Actually in desperation I began gicing informal courses in simple origam to the children at the clinic, hoping to teach them a pleasant art at the same time quite thir nerves. In this I was able to succeed and I believe I am at the present ime the only person attemptint go teach origami in this country”*

<sup>30</sup> Si no era el único, fue de los pocos, eso seguro. No estaba instituida la enseñanza formal o informal del origami. Pero posiblemente se dieron instancias ocasionales de enseñanza en los campos de concentración adonde fueron llevados los japoneses que vivían en los Estados Unidos después de Pearl Harbor. También existían libros de “cosas para hacer”, incluyendo plegados en papel, muy populares en los campamentos de Boy y Girl Scouts que habrán requerido algún tipo de conducción. Todo esto sin olvidar que el origami podía aprenderse de manera individual, siguiendo los pasos que aparecían en los libros, aunque la diagramación, antes de la aparición del sistema de notación difundido por Yoshizawa, Randlett y Harbin, era bastante confuso, y por eso era siempre preferible, y más divertido, aprender en grupo o con la ayuda de un adulto.

<sup>31</sup> Hasta aquí la especulación, pues de hecho el origami “terapéutico” dejó una huella casi invisible de su paso por la Clínica Lafargue y habrían de pasarmuchos años hasta que su nombre volviera a sonar en el campo de la arteterapia. Legman además se instaló en Francia a mediados de 1953, en busca de aires menos opresivos de los que se vivían en Estados Unidos en la era macartista.

terapia (“el arte abre caminos de expresión”) Kramer consideraba al arte como una terapia en sí misma (“el arte, cura”). En este sentido, puede pensarse que lo que hacía Legman, aún en forma rudimentaria, era asimilable a la concepción de Kramer (el origami “calma los nervios”).

En el verano de 1953, Gershon Legman se exilió en Francia, desanimado por el clima de censura que se vivía en los Estados Unidos (su nombre figuraba en la “lista negra” de la CIA, que perseguía a intelectuales sospechados de comunistas). Así dejó atrás una etapa en la que podría haber desarrollado un vínculo mayor con la gesta pionera de la arteterapia. El origami, pese a los beneficios que sin duda podía brindar, no fue, sino hasta muchos años después, considerado como una opción válida dentro del abanico de herramientas disponibles en la arteterapia. Aún así, hoy en día hay quienes consideran que el origami es demasiado estructurado como para ayudar a expresar conflictos. Por el contrario, especialistas como la psicóloga española Cristina Belló, creen que el origami es todo lo contrario: una herramienta excelente para tender un puente hacia la comunicación verbal. “*Si bien es cierto que el origami conlleva unos pasos prefijados a los que hay que ceñirse para conseguir producir una figura, sin duda a mi entender, y debido a la riqueza en sus procesos, en sus formas de permitir la expresión de conflictos, ansiedades, dificultades de comunicación, y un largo etcétera, podemos considerarlo una herramienta de arteterapia*”, asegura Belló.<sup>32</sup>

La Clínica Lafargue terminó cerrando sus puertas en 1958 por falta de fondos y por desgaste del personal que trabajó incansablemente todos esos años de manera voluntaria. El registro histórico de los trabajos que cumplieron esos heroicos profesionales puede consultarse en el Schomburg Center for Research in Black Culture, una rama de la Biblioteca Pública de Nueva York, situada en el Bronx, muy próxima a la iglesia St. Philip donde una tarde de mediados de siglo Gershon Legman llegó para enseñar origami a los niños negros del Harlem.

#### Referencias:

Bart Beaty. *Fredric Wertham and the Critique of Mass Culture*. University Press of Mississippi, 2005.

Belló, Cristina. *Origami Joins the Palette of Art Therapies*. The Paper, revista de OrigamiUSA. Número 120, 2016

Davis, Susan. *Dirty Jokes and Bawdy Songs (Folklore Studies in Multicultural World)*. University of Illinois Press, 2019.

Legman, Gershon. *The Comic Books and the Public*. Proceedings of the Association for the Advancement of Psychotherapy. Vol.II. Pgs. 472-477, 1948.

Legman, Gershon. *Love & Death, a Story of Censorship*. Breaking Point, NY., 1949

Legman, Gershon, *Bibliography of Paperfolding*. Breaking Point, NY., 1952

Mendes, Gabriel N. *Under the Strain of Color: Harlem's Lafargue Clinic and the Promise of an Antiracist Psychiatry* (Cornell Studies in the History of Psychiatry). Cornell University Press. Edición Kindle, 2015

Tilley, Carol L. *Seducing the Innocent: Fredric Wertham and the Falsifications That Helped Condemn Comics*. Information & Culture: A Journal of History 47 (4), 383-413, 2012

---

32 Cristina Belló, comunicación personal (20 junio, 2015)

### Documentos (cartas y fotos)

Wertham Papers (documentos y fotos). Division of Rare Books and Special Collections. Library of Congress, Washington D.C. (LoC, DRBSC)

Archivo de la Clínica Lafargue (documentos y fotos). Schomburg Center for Research in Black Culture, New York. (SCRBC)

Cartas, fotografías: Colección “Gershon Legman”. Museo del Origami en Colonia, Uruguay

### Epígrafes y créditos de las fotos:

01. Entrada principal de la Iglesia St. Philip (crédito: Laura Rozenberg, 2016)
02. La Clínica Lafargue, en el subsuelo de la iglesia (crédito: Lisa Larsen, 1948)
03. Niños jugando en la clínica junto a Fredric Wertham (SCRBC, Lisa Larsen, 1948)
04. Publicidad de la Clínica Lafargue (SCRBC)
05. El equipo de la Clínica Lafargue junto a un pequeño paciente (SCRBC)
06. Las ilustraciones de crímenes y horror eran habituales en las revistas de historietas
- 07a/b Anotaciones telefónicas de F. Wertham con Legman (LoC, DRBSC)